



**TIEMPOS MEJORES**

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del editor. Todos los derechos reservados.

© 2024, Jorge Selume

Derechos exclusivos de edición:

© 2024, Editorial Planeta Chilena S.A.

Avda. Andrés Bello 2115, 8° piso,

Providencia, Santiago de Chile

Diseño de portada: Diseño Planeta Chile

1ª edición: agosto de 2024

RPI: 2024-A-5193

ISBN: 978-956-408-597-5

Impreso en: CyC Impresores Ltda.

# TIEMPOS MEJORES

JORGE SELUME



*Un cosmonauta lanzado al espacio es mucho más dueño  
de sí mismo y está menos aislado que un político.*

FEDERICO FELLINI



## Nota del autor

Este libro se basa en mi experiencia personal durante el segundo gobierno de Sebastián Piñera y la campaña del plebiscito constitucional. Para reconstruir esos complejos días recurrí a mis vivencias, a fuentes abiertas y a testimonios de personas con quienes compartí las subidas y bajadas de este viaje. A ellos les agradezco la confianza, la amistad y la entrega de valiosos elementos que, ciertamente, ampliaron los alcances de la narración.

Con el afán de centrarme en los aspectos íntimos de la política, tan esenciales como intangibles, omití todo lo que dijera relación con su práctica formal: proyectos de ley, cuentas públicas o puntos de prensa. No es que desconozca su importancia, pero, en los tiempos que corren, esas formalidades, en las que imperan la racionalidad y la lógica, no pueden ser ejercidas exitosamente sin tener en cuenta el subtexto de emociones y fantasmas, de errores y aciertos, de subjetividades y personalidades, que es por donde transita este relato.

Para quienes creen que la política real no se circunscribe a las soluciones probadas o a los grandes diseños, sino que responde a las caóticas y muchas veces inexplicables perspectivas humanas, quizás estas páginas sean un refugio donde resuene el pensamiento apócrifo de Heráclito: el más bello de los universos no es más que un montón de basura esparcida al azar.



# 1

El presidente Sebastián Piñera siguió desde su despacho en La Moneda la multitudinaria marcha que movilizó a más de un millón de personas por la Alameda. Sentado en su escritorio, entre pilas de carpetas y archivos, cada cierto tiempo giraba su silla para mirar el televisor y preguntar por el número de la convocatoria. Anotaba los cómputos en su bloc de notas, se mordía las uñas, revisaba la cobertura noticiosa y volvía a girarse, en un intento frustrado por retomar la normalidad. Mientras tanto, a su alrededor pululaban algunos ministros y asesores, entre los que me encontraba. Desde las tomas aéreas, la muchedumbre lucía como un panal multicolor. El carácter pacífico de la manifestación marcaba un contraste con la violencia que se había vivido en jornadas anteriores y las que vendrían. A partir de un instante, el presidente dejó de rotar en su silla y se mantuvo inmóvil frente a la televisión. Para mi sorpresa, se quedó quieto por un espacio de tiempo sin hacer *zapping*. Contrario a lo que se podría pensar, esa quietud era un mal síntoma: significaba que estaba golpeado por la magnitud de la marcha, que, según los conductores televisivos, era la más grande de la historia. Esa tarde fue la primera vez que lo vi paralizado. Antes lo había visto enfrentar innumerables problemas sin jamás someterse a la adversidad, pero esta vez, en cambio, lucía superado por las circunstancias.

Transcurrida una semana desde el inicio del estallido, el país estaba sumido en un cuadro febril que lo mantenía aturdido y desorientado. Ese ardor alcanzaba su máxima expresión dentro de la oficina de Piñera, cuyas ventanas permanecían cerradas

para que nadie viera, para que nadie escuchara, lo que allí se hablaba. El peso histórico del decorado hacía aún más difícil respirar dentro del despacho. Sobre los hombros del presidente se asomaba la mirada inquisidora del retrato de Bernardo O'Higgins. El padre de la patria había abandonado su rictus heroico para adoptar una actitud acusatoria. En la muralla contigua, otro retrato, el de Diego Portales, ojeaba la situación consternado. El arquitecto del régimen presidencialista observaba impotente cómo su legado se caía a pedazos. Este espeso ambiente era a veces interrumpido por insolentes llamadas telefónicas o por el ingreso de reservados garzones que cargaban bandejas con frutos secos, tazas de café y vasos con Coca-Cola Light.

En la recepción, permanecía de punto fijo Sarita Larraguibel, la inoxidable secretaria del presidente, quien se encargaba de filtrar el acceso de los curiosos que llegaban con innumerables preguntas y sugerencias.

Todo aquel que entraba lo hacía con sumo cuidado, a paso calmo, para no correr el riesgo de incomodar a su excelencia. Yo no era ajeno a ese temor. Antes de comentar algo, esperaba el momento oportuno, cuando el clima estaba menos crispado, para levantar cuidadosamente la voz. Con todo, en cierto instante Piñera notó que estaba rodeado de un número excesivo de intrusos y pidió expresamente que algunos abandonaran el lugar. Para evitar la humillación de ser expulsado, me situé fuera de su campo visual, junto a una bandera de Chile que se sostenía lánguida en torno a un mástil de bronce. Me apoyé sobre el arrimo de madera para descansar la espalda y, sin quererlo, pasé a llevar la fotografía de mi jefe posando junto a Barack Obama. Nadie se dio cuenta. Encima del mueble estaban los diplomas y reconocimientos a nombre de Sebastián Piñera Echenique. Logros académicos que, ante el peso de la realidad, parecían derretirse como queso a las brasas. En la superficie del escritorio inglés de dos frentes, entre torres de documentos, estaban las almendras que el mandatario masticaba para calmar la ansiedad. Atrás

suyo, largas cortinas de terciopelo burdeo caían con elegancia cubriendo los marcos de las ventanas que daban hacia el Patio de los Naranjos, desde donde los camarógrafos apuntaban sus lentes buscando un gesto, una imagen que les hablara de cómo era el aire que se respiraba dentro del palacio.

En simultáneo, los reporteros afirmaban que “nunca antes tanta gente había salido a las calles”.

No obstante, la resplandeciente marcha del millón fue un efímero paréntesis. Durante los días siguientes la revuelta volvió a mostrar su rostro encubierto y la violencia entró a dominar la escena, reemplazando el cántico de los manifestantes por el mutismo de las piedras y las banderas multicolores por las barricadas de neumáticos y señaléticas. La multitudinaria alegría se había quedado sin palabras. Las bengalas se encendían sin decir nada. Solo destellos y ruidos. Las pletóricas coreografías fueron reemplazadas por rayos láser, perdigones, molotov, acelerantes y guanacos. La furia brotó con desenfreno y se abrió camino por las grietas institucionales, extendiendo su presencia, al igual que una gota de tinta tiñe un balde de agua fresca. Presa del *shock*, la ciudadanía permaneció hipnotizada en casa viendo cómo las demandas sociales que románticamente habían apoyado, ahora se traducían, en un giro impensado para ellos, en la destrucción del espacio público. Aferrados al control remoto, los televidentes observaban atónitos la quema de estaciones del metro, el incendio de iglesias, la destrucción de monumentos, y el saqueo de supermercados, farmacias y locales comerciales. Los noticieros transmitían 24/7 la barbarie y, gracias al brillo del morbo, lograban *peaks* de sintonía históricos.

Por ese entonces, el Gobierno se encontraba políticamente secuestrado y los pasillos del Palacio de La Moneda se habían transformado en laberintos por donde ministros y asesores transitaban con las manos transpiradas. La coalición gobernante no lograba ponerse de pie y, producto del impacto, deambulaba en círculos con la mirada perdida. En medio de la crisis se hicieron

esfuerzos por recuperar el manejo de la agenda, pero ningún anuncio surtió efecto. La prensa estaba más interesada en las primicias que en el control de la calle y las especulaciones estaban a la orden del día: ¿cuándo será el nuevo cambio de gabinete? ¿El presidente se mantiene firme en el cargo? ¿Es verdad que la primera dama cayó en cama debido a un cuadro de estrés? Cada día que pasaba, el poder se alejaba más y más de los enclaves democráticos y cada flanco que se cerraba, abría otros nuevos. Como si fuera poco, el presidente Piñera se había convertido en una especie de imán capaz de atraer hacia sí todas las fuerzas negativas que rondaban en el ambiente.

El 12 de noviembre se respiraba una asfixiante calma dentro de los muros de La Moneda. Para la jornada se había convocado a un paro nacional, el que, según sus organizadores, sería el “más importante desde el fin de la dictadura”. “La gran huelga”, como la denominó la prensa, fue coordinada por la Mesa de Unidad Social, que aglutinaba alrededor de setenta organizaciones sociales y sindicales, entre las que destacaban la Central Unitaria de Trabajadores (CUT), No + AFP, la Confederación de Estudiantes de Chile (Confech), la Agrupación Nacional de Empleados Fiscales (ANEF) y el Colegio de Profesores. La lista de petitorios era extensa, desde la instauración de una comisión de verdad y justicia, hasta la exigencia al ministro de Hacienda para que abriera la billetera fiscal y dejase de “regalar nuestros recursos naturales a precio de Chocman”. Siguiendo la lógica del embudo, las demandas apuntaban a un objetivo final: cambiar el modelo político, económico y social, por medio de una Asamblea Constituyente, finalidad que esa misma mañana quedó explicitada en una declaración firmada por toda la oposición, desde el Partido Comunista hasta la Democracia Cristiana.

A las once de la mañana, la anunciada concentración inició su marcha desde Plaza Baquedano en dirección a La Moneda. Pasado el mediodía, parecía ser que, si bien la convocatoria sería masiva, se viviría una jornada más tranquila que las anteriores,

por lo que Piñera decidió ir a casa y trabajar ahí durante la tarde. ¿El motivo detrás de esta decisión? La morada en San Damián le permitía reunirse en privado con Samuel Donoso, su abogado defensor, para analizar el conjunto de querellas que la Comisión Chilena de Derechos Humanos y otra decena de patrocinadores interpusieron en su contra por presuntos crímenes de lesa humanidad. La violación sistemática de los DD.HH. a manos de agentes del Estado y la existencia de presos políticos eran algunas de las acusaciones que pesaban sobre él.

El presidente y su abogado se instalaron a trabajar en el comedor de la casa. A la cita se sumó Benjamín Salas, asesor de confianza de Piñera en materias legales e internacionales, quien encargó Coca-Cola y sándwiches para los comensales. Ninguno de los tres pudo prever que ese día el Gobierno caminaría por la cornisa, casi a punto de caer al precipicio y arrastrar a la República. Después del almuerzo, a eso de las cuatro de la tarde, la manifestación comenzó a descarrilarse y a tomar los tintes de vandalismo a los que estábamos ya habituados. No obstante, en esta ocasión la violencia fue más virulenta. Las barricadas emergieron a mansalva y la dimensión más devastadora del estallido hizo su entrada en escena con esplendor y pirotecnia: pandillas destructivas, saqueadores oportunistas, carabineros alterados y locatarios apanicados conformaban un tenso nudo de locura colectiva.

Mientras tanto, desde la comodidad de los sets televisivos, ciertos políticos romantizaban la violencia en favor de sus intereses, y algunos animadores de matinales, junto a los opinólogos de lengua chispeante, se plegaban a las histéricas consignas para lucrar con la polarización y el sensacionalismo. Todo con tal de subir elpreciado rating, aunque eso significase trizar el espacio común que tanto costó construir durante la Transición. Las palabras se transformaron en cuchillas y viejas fisuras volvieron a abrirse entre familiares, amigos, colegas y vecinos. El fantasma del 73 retornaba desde las sombras para sentarse en

la mesa de centro y comprometer la cohesión nacional en favor de una fragmentación impulsada por la pasión. Las llamas de fuego, cólera y terror se extendieron de norte a sur afectando a las principales capitales regionales. En Antofagasta, los manifestantes saquearon e incendiaron la Cooperativa de Carabineros, la Intendencia y una sucursal bancaria; mientras en la región de Valparaíso, un grupo saqueaba un local de Sodimac y otros cientos desvalijaban un supermercado Santa Isabel. Al mismo tiempo, en el Gran Santiago, los insurrectos incendiaban la Hacienda Gaucha, el Hotel Príncipe de Asturias y la iglesia patrimonial de Veracruz. Destruyeron luminarias y cámaras de seguridad, se enfrentaron sin tregua contra las Fuerzas Especiales y atacaron con proyectiles y ácido la Subcomisaría de Peñalolén. De paso, se dieron el lujo de asaltar un camión que transportaba carne y cocinar un asado callejero en el cruce de Departamental con General Velázquez. Más al sur, la cosa no pintaba mejor. En Concepción, una tropa de encapuchados robó un camión y lo estrelló a lo bestia contra la mampara de un supermercado Líder, abriendo paso a una multitud que entre vítores destruyó y robó lo que fuere en nombre de la dignidad.

Al constatar que la situación se escapaba de control, Gonzalo Blumel, en su calidad de nuevo ministro del Interior, llamó al presidente para advertirle del rumbo violento que estaba tomando la huelga. A pesar de su insistencia, costó que Piñera atendiera sus llamados. El mandatario estaba tan imbuido en la revisión de las carpetas judiciales que no se percató de que había dejado su celular en silencio. Tal vez, de forma inconsciente, una parte de él elegía silenciar los problemas de La Moneda para poder atender los demonios legales que le perturbaban el sueño. Si no fuera por Benjamín Salas, quien advirtió al presidente la entrada de una llamada, los intentos de Blumel habrían sido ignorados por quién sabe cuánto tiempo.

—Dígame, señor Blumel.

—Presidente, el paro se está saliendo de control. Le sugiero que vuelva a La Moneda para monitorear la situación en persona.

—¿Cuál es el estatus de la situación?

—A ver, tenemos hartos frentes abiertos. En este minuto lo más crítico es el asalto con proyectiles y bombas molotov a las prefecturas y comisarías. Carabineros trata de repeler los ataques con gas lacrimógeno, pero no está dando resultados. También me informan que el cuartel militar de Tejas Verdes está bajo asedio y con riesgo de ser tomado a la fuerza.

—¿Cómo está el ánimo en Carabineros?

—Se están viendo superados. Tenemos a varios con contusiones graves, algunos heridos por balines de acero, otros golpeados por la espalda, dos atacados con ácido y a una soldado le impactó una bengala en el rostro —enumeró pausadamente Blumel.

—¿Y la sociedad civil?

—Decenas de detenidos y cientos de lesionados. Y contando. Han llegado muchas denuncias de abusos por parte de Fuerzas Especiales. El panorama es negro, presidente.

Piñera tomó nota de cada palabra, cogió su regla, subrayó con color rojo un par de datos llamativos y preguntó tajante.

—¿Algo más, señor Blumel?

—En la Ruta 68 un grupo de camioneros y automovilistas bloquearon el acceso para protestar en contra del TAG. Me llegan reportes de que las casetas de los peajes fueron asaltadas e incendiadas, y también que algunos buses tuvieron que bajar pasajeros en la mitad de la carretera, lo que caldeó aún más el ambiente. En este momento, Carabineros está tratando de tomar control de la situación y liberar el flujo.

—¿Eso es todo, señor Blumel?

—Hay mucho más, pero prefiero decírselo en persona, presidente.

—Ok, nos vemos en veinte minutos.

El mandatario cortó la llamada, como de costumbre, sin decir adiós. Se paró en el acto, guardó sus herramientas de

trabajo y pidió a los escoltas que le prepararan el auto. El bólido presidencial atravesó la ciudad a alta velocidad gracias al grupo especial motorizado de carabineros que se encargó de abrir el flujo vehicular. Durante el trayecto, consciente de la situación que enfrentaba, Piñera hizo frenéticas llamadas en busca de opiniones y sugerencias, entre ellos al ministro de Defensa, Alberto Espina, y al comandante en jefe del Ejército, Ricardo Martínez. Cada cierto tiempo, el jefe volvía a marcar base con Blumel para actualizarse y cotejar los comentarios que recibía al teléfono. Algunos presionaban para que pusiera mano dura y sacara los militares a la calle. Para ellos, la única manera de detener la espiral de violencia y recuperar el orden público era por la vía armada. Otros, en cambio, le advertían que, si tomaba esa decisión, podía olvidarse de llegar a un acuerdo con el Congreso y dar una salida institucional a la mayor crisis que había vivido el país desde el retorno a la democracia.

La destrucción masiva de mobiliario público y privado, junto con el deterioro de las relaciones humanas —cristalizado en el pueril y humillante “el que baila, pasa” mediante el cual los manifestantes cortaban las calles y obligaban a los conductores a bajarse y bailar al son de sus cánticos a cambio de poder seguir avanzando— tenían al país pendiendo de un hilo. Las instituciones, partiendo por el Gobierno, estaban en ascuas por la nula confianza y respeto hacia sus miembros y procedimientos. El poder ya no se hallaba en los edificios judiciales, legislativos o ejecutivos. Tampoco en los religiosos. La influencia se había fugado por las ventanas del despacho presidencial y había volado lejos, impulsada por una ráfaga de furia y resentimiento. Se trataba a las autoridades como migajas de pan, dignas de ser pisoteadas y ofrecidas como alimento para las palomas. La guillotina, ahora en formato digital, estaba de vuelta y los compatriotas comenzaron a organizarse para ejercer la justicia por sus propias manos. Regresó la ley del más fuerte y, en un abrir y cerrar de ojos, parecía ser que la evolución de medio siglo había

sido solo un espejismo. Urgía dirigir el conflicto hacia el cauce normativo, dentro del marco cívico cultural, para poder salir a pie del pantano donde se hallaba atrapado el país. Sin lugar a duda, el Gobierno ya no contaba con toda la legitimidad para soportar el peso de la patria sobre sus espaldas. En cambio, por muy débil que estuviera y con todos sus defectos e incentivos perversos, el Congreso se mantenía medianamente parado. Y por una razón sencilla: era el último lugar donde actores de izquierda y derecha estaban forzados a dialogar y llegar a acuerdos. Era un barco que, si se hundía, lo hacía con todos dentro. No quedaba más alternativa que depositar en Valparaíso el anhelo de gobernanza.

En ese contexto, Piñera instó al comité político a buscar un acuerdo con los parlamentarios. Había que ofrecer una salida pacífica a la crisis. Con el fin de lograr el anhelado pacto, la primera autoridad del país mandató a sus asesores de confianza para abrir conversaciones exploratorias bajo la coordinación de Blumel, por ese entonces su ministro más fiable. La instrucción era concreta: cerrar un acuerdo a la brevedad, siempre y cuando la oposición se comprometiera a condenar públicamente a todos quienes impulsaban, avalaban o toleraban cualquier clase de acto violento. Aceptado ese punto, de ahí en más, los márgenes de negociación se expandían y flexibilizaban.

Mi rol en ese grupo de “negociadores” era nulo. Al no ser ministro, no contaba con la suficiente estatura para negociar con los principales tomadores de decisión —los senadores—, por lo que debía limitarme a cumplir mi función: gestionar la prensa para inducir un clima favorable en pos del acuerdo. No obstante, el nivel de descalabro y confusión era tan grande que muchos funcionarios, entre los que me incluyo, nos vimos tentados a buscar salidas mágicas. Poseído por esa fiebre quijotesca, el 12 de noviembre me reuní con un diputado socialista. Debí estar muy afligido para creer que un solo parlamentario, entre ciento cincuenta y cinco, podía influir en el curso de la historia. Era

un síntoma de esos tiempos: el voluntarismo se había impuesto por sobre la racionalidad.

El honorable me recibió en una amplia casa en la comuna de Ñuñoa y me atendió con una deliciosa tabla de quesos, una espumosa cerveza y cigarrillos de crema. Objetivamente, no era el mejor día para juntarnos, pero la oportunidad de estos secretos encuentros no dependía de mí. No solo por mi calidad de simple consultor, sino porque el Gobierno estaba tan debilitado que la oposición tenía la sartén por el mango ya fuera para exigir cosas complejas o para definir aspectos mundanos, como el lugar y horario de un encuentro. Además, es bien sabido que la única forma de evitar una filtración es reuniéndose a las afueras de La Moneda, bien lejos de las sombras que los murallones palaciegos les conceden a los periodistas para capear el calor.

Era una soleada tarde, por lo que nos instalamos bajo el cobertizo de la terraza. La conversación transcurrió con cínica calma, como si el país no estuviera girando sobre el asador. Cada tanto escuchábamos sirenas de policías, bomberos y una que otra ambulancia. A lo lejos, hileras de humo se elevaban por sobre la pandereta. Aún no habíamos entrado al detalle de la negociación cuando mi teléfono comenzó a sonar insistentemente. Traté de omitirlo en señal de deferencia hacia el anfitrión, pero la situación se volvió incómoda y fue él quien mencionó al elefante en la habitación. “Si quieres contesta, no hay problema”. Quien llamaba era Maida Díaz, jefa de gabinete del presidente. “El jefe te manda a llamar. Hay una reunión de emergencia. Vente al tiro”. No tuve chance de preguntar nada y cortó en seco. Tampoco fue necesario dar explicaciones. Como el dueño de casa era un político curtido, me ahorró las excusas baratas.

—Tienes que volver a La Moneda —afirmó con voz comprensiva, como si realmente fuera mi amigo.

—Sí, el presidente me manda a llamar.

—¿Pasó algo grave?

—Nada importante, adelantó el comité político —dije tratando de bajarle el perfil e hice el ademán de despedirme—. Voy a pedir un Uber. Gracias por la cerveza.

—No hay de qué, espero que podamos retomar la conversación.

—Cuenta con ello.

—Te voy a dejar a la puerta —y me guio con el brazo hacia la salida.

Quería irme cuanto antes, pero producto de la revuelta encontrar locomoción era imposible. Me mantuve buscando a un conductor durante más de diez minutos, pero no había caso. Entretanto, el anfitrión permanecía inquieto a mi costado, al borde de la vereda, observando con angustia el basural en que se había convertido el barrio. Rayados de ACAB, de ojos sangrientos y del perro Matapacos adornaban las murallas y paraderos. El tiempo transcurría a paso firme y, sin poder contener la ansiedad, hice la consulta inevitable.

—¿Tienes un auto que prestarme? —pregunté avergonzado.

El diputado se metió la mano al bolsillo y sacó las llaves de una camioneta 4x4. Abrió las puertas con el control remoto, las luces parpadearon y los espejos retrovisores se extendieron.

—Gracias, palabra que te la devuelvo impecable más tarde.

—Lo doy por hecho —me dijo sin pestañear, dándome a entender que cualquier imprevisto corría a cuenta de mi bolsillo. En caso de surgir algún infortunio, lo más grave no sería tener que pagar el mecánico. De quedar en deuda con él, me vería forzado a hacerle un favor para saldar la cuenta que importa, la política.

Con ese fantasma rondándome la cabeza, prendí el motor y me dirigí raudo camino a La Moneda, escuchando la radio para informarme de los últimos acontecimientos y no llegar desactualizado. Fue recién ahí cuando le tomé verdaderamente el peso a la situación. En las diferentes estaciones radiales el diagnóstico era el mismo: Santiago estaba literalmente ardiendo “una vez más”, y yo iba directo al corazón de la fogata.

La noche comenzaba a teñir la ciudad de negro y las barricadas iluminaban distintos puntos de la capital cuando el presidente hizo su arribo a La Moneda. Ministros y autoridades lo esperaban en su despacho para discutir cuál era la opción correcta: sacar o no a los militares a la calle. Un bloque, liderado por el jefe de asesores Cristián Larroulet, insistía en que se diera luz verde a las Fuerzas Armadas. “Su primera tarea es otorgar seguridad a los ciudadanos, sin eso, todo lo demás, la política, la economía, vale cero —recalcó haciendo el símbolo numérico con los dedos—. Cumpla con su mandato y haga uso de las herramientas legales que le otorga la Constitución. Es su deber como presidente de la república”. El otro bando, liderado por Blumel, antiguo discípulo de Larroulet, ponía en duda la tesis alegando que el uso de la fuerza militarizada solo traería más violencia y le pedía al presidente tiempo extra para cerrar el acuerdo con el Congreso.

—Para evitar la ruptura democrática hay que generar paz entre los distintos sectores políticos y la única forma de conseguirla es a través de la ruta institucional —dijo, convencido, Blumel.

—¿Tu solución es regalar la Constitución? —interrumpió Larroulet.

—Un acuerdo con altos cuórum garantiza llegar a un texto moderado —afirmó con seguridad Blumel.

—¿Tiene los votos para eso? —inquirió Piñera.

—Aún no, pero estamos en eso. Deme un poco más de tiempo, presidente.

—¿Realmente crees que una nueva constitución calmará a la calle? —refutó, incrédulo, Larroulet.

Blumel se paró de la silla, apoyó las palmas contra la mesa y con inusitada calma le contestó a su otrora maestro:

—Nadie está en condiciones de asegurarlo. Pero lo que sí es seguro es que si el presidente saca a los militares a la calle, se va a provocar una escalada de violencia que puede llevarnos a un enfrentamiento civil —se tomó una pausa, giró su mirada

hacia Piñera y concluyó—. Presidente, si usted da la orden, sabe cómo entra, pero no cómo sale de esto.

Entremedio del acalorado debate, Blumel abandonó la habitación, cruzó hacia el Salón Azul y contactó al mandamás del Senado para saber si un acuerdo político aún era viable. “Siempre y cuando no saquen a los militares”, fue la respuesta que recibió. De regreso, informó a Piñera, quien, tras morder su clásica regla, le pidió que trajera los decretos para convocar el estado de excepción. Blumel recibió la instrucción como un mazazo, temiendo lo peor. El resto de los presentes permanecían mudos, bajo la atenta mirada del retrato de Bernardo O’Higgins. No volaba una mosca en la sala. El presidente, sabiendo que no podía dar un paso en falso, le pidió al ministro de Defensa, Alberto Espina, que lo pusiera en contacto telefónico con el general Ricardo Martínez para tomar el pulso de la situación.

—General.

—Presidente.

—¿Cómo está el ánimo en las filas?

—Existe preocupación. Hay varios cuarteles asediados, pero aún bajo control.

—Y dígame, ¿pudo hablar con los otros generales?

—Sí, presidente.

—¿Y cómo le fue?

—Hay dudas... a algunos nos preocupa que se repita la historia.

—¿De qué historia me habla?

—La de héroes por un día, presos para toda la vida.

—No son situaciones comparables, general.

—Presidente, piénselo detenidamente, no es nuestra intención revivir la experiencia del 73.

—Tampoco la mía, pero le recuerdo que este caso es muy distinto. Ustedes estarían defendiendo la democracia y lo harían cumpliendo con un mandato de rango constitucional.

—Lo tengo presente, pero también sé que el Ejército está entrenado para el combate armado, no para controlar el orden público. El resultado puede ser diferente al esperado, presidente.

—Nadie quiere más heridos, todo lo contrario, habría que actuar con todas las restricciones del caso, general. Lo que ahora se necesita es recuperar el orden en las calles.

—De salir tendríamos que actuar bajo condiciones que aseguren el éxito de la misión, con reglas claras del uso de la fuerza.

—¿Acaso mi respaldo no sería condición suficiente? —preguntó incisivamente Piñera.

—Presidente, con todo respeto, para una decisión de esta envergadura es deseable contar con el respaldo del Poder Ejecutivo y el Legislativo, tal como sucede en situaciones de guerra.

Piñera entendió el mensaje y optó por no seguir hurgando. Ambos sabían que en el Congreso no existía un respaldo transversal en favor del actuar militar. La conversación estaba llegando a su fin.

—¿Algo más que quiera agregar, general?

—La decisión es suya, presidente, quedamos a sus órdenes.

El mandatario le agradeció su sinceridad y cortó la llamada. Se sacó los lentes, los posó junto al bloc de notas, llamó a otra tanda de parlamentarios y con rictus de pesar pidió a los presentes que lo dejaran solo. “Voy a escribir un discurso. Avisen a los medios que hoy voy en cadena nacional”. Todos se instalaron a esperar en el comedor presidencial, a excepción de Maida Díaz y Benjamín Salas, a quienes pidió quedarse en el despacho contiguo para recibir y tipear el discurso que se aprestaba a escribir a mano. La voz corrió rápido y, al instante, los canales de televisión interrumpieron sus transmisiones para anunciar que la máxima autoridad daría un discurso al país. En las redes sociales se debatían toda clase de conjeturas y algunos, embriagados por el frenesí, llegaron a especular que Piñera presentaría esa noche su renuncia al cargo de presidente.

Quienes fueron testigos del episodio me comentan que pocas veces habían visto al presidente más ensimismado, más mediatundo, que tras la conversación telefónica que sostuvo con el general Martínez. Todo lo contrario a lo que yo vivía mientras conducía maniacamente la camioneta del diputado.

A diferencia de la tensa soledad del palacio, a kilómetros de distancia yo atravesaba el estruendo de una ciudad ardiendo. Estaba a medio camino, cuando escuché el anuncio por la radio. “Noticia de último minuto: Esta noche el presidente Sebastián Piñera dará una cadena nacional. Se espera que pasadas las nueve de la noche pronuncie su discurso. ¿Cuáles serán sus palabras? ¿Habrá estado de excepción? Hemos reportado y nadie lo sabe con certeza. Se respira mucho nerviosismo en La Moneda”. Apreté el acelerador y redoblé los esfuerzos por abrirme paso entre la congestión vehicular, los autobuses calcinados y los escombros callejeros. Los periodistas llamaban preguntando por el contenido del discurso y mi equipo me reportaba los últimos pormenores. Estaba tan inmerso en la agitación de la coyuntura, con la oreja en el teléfono y el pie en el acelerador, que no noté que iba derecho a la boca del lobo. Las ansias de llegar cuanto antes me habían hecho tomar el camino más corto, sin advertir que era el más riesgoso, y terminé bajando en línea recta por Marín hacia el epicentro del jaleo: el Parque Bustamante. Cuando caí en cuenta, ya era demasiado tarde.

La oscuridad se había adueñado de la ciudad y ambos lados del parque estaban tomados por montones de encapuchados, en su mayoría jóvenes, que en la calzada con la Alameda se enfrentaban con escudos y piedras a los guanacos de Fuerzas Especiales. Escapaban en mi dirección, tratando de eludir el sendo chorro de agua que regaba sus espaldas. Yo estaba detenido en la 4x4, a mitad de camino, justo en el cruce. Chequé el espejo retrovisor: era imposible retroceder. Por atrás se había apolotonado un tumulto que estaba moliendo las veredas con martillos y combos para lanzar escombros como proyectiles.

No tenía más chance que apretar las muelas y avanzar muy, pero muy lento. Al frente, otro grupo había prendido fuego a una barricada y bailaba alrededor al igual que una tribu en trance.

Mientras avanzaba me imaginé a la policía filtrando la noticia a la prensa: “Director de Comunicaciones del Gobierno es atacado por una turba mientras conduce la camioneta de diputado socialista”. De ventilarse, pasaría a ser un pasivo para el Gobierno, un problema para mi jefe, un fusible del cual deshacerse. No había avanzado ni cinco metros cuando la camioneta comenzó a agitarse como coctelera por el manteo colectivo de jóvenes sudados con cabellos carbonizados y ojos desorbitados. A coro escuché emerger el grito burlesco y autoritario de “¡El que no baila, no pasa!, ¡el que no baila, no pasa!”. Me mantuve rígido como una estatua, conformándome con sostener el auto en neutro para no correr el riesgo de siquiera rasmillar a alguno y, de paso, transformarlo en mártir televisivo.

Desde fuera, el griterío era cada vez más ensordecedor. “¡El que no baila, no pasa!, ¡el que no baila, no pasa!”. Bastaron unos cuantos golpes a palma abierta contra la ventana para que decidiera bajar de la camioneta. No había otra opción: o bailaba o ambos terminaríamos en el taller. La adrenalina hizo su trabajo y me empujó a salir con decisión a mover el esqueleto, dar zancadas descoordinadas hacia la barricada e incluso a sacarme la chaqueta para agitarla por los aires y bailar con la misma intensidad y torpeza que en mi fiesta de matrimonio. Giré como trompo con la vista pegada al cielo para rehuir a las pupilas que brincaban a mi alrededor y ocultar así el susto que develaban mis ojos. El coro excitado de la muchedumbre —¡Eh!, ¡eh!, ¡eh!—, sumado al compás de los aplausos, me hizo doblar la apuesta y, poseído por el personaje del indignado, lancé con rabia la chaqueta hacia el corazón de las brasas, desahugué la desilusión contenida y libré un grito primal —¡Aaarrggg!—. Rugidos de euforia se sumaron, revolvieron el aire y avivaron el fuego por lo alto. Las llamas anaranjadas se extendieron hasta

los dos metros y enrojecieron nuestros rostros al calor del odio. La lumbre se sacudió caprichosamente hacia los costados con la ayuda de la brisa primaveral, desparramando cenizas por los alrededores e impregnando mis pulmones con partículas de terror. Fue ahí cuando, preso del pánico, maldije a todo pulmón a mi jefe. ¿Qué dije? No lo recuerdo, es como si estuviera bloqueado en mi memoria, como si en ese instante me hubiera desdoblado. Sí recuerdo que acto seguido vinieron más aplausos y vítores y que, tras unos segundos, una chica de pelo corto y peto rojo instó a que me dejaran pasar. Volví al auto con la mirada pegada al suelo para esconder la traición y el puño en alto para sostener la mentira. Me subí a la camioneta, extendí el pulgar en señal de aprobación, me abrieron paso y avancé sin mayores contratiempos hasta dejarlos atrás.

El perímetro contiguo a La Moneda estaba protegido por vallas papales y la guardia de palacio. Fui rompiendo los anillos gracias a mi credencial. Jorge Selume Aguirre, director de Comunicaciones del Gobierno, rango n.º 1. Tuve que mostrarla en tres puntos de control y darme la vuelta por Amunátegui hasta arribar al búnker presidencial. Una vez allí, protegido bajo tierra, recién dejé de apretar con fuerza el manubrio y me costó trabajo girar la llave para apagar el motor. Tenía los dedos tensos y tiritones, me dolían los nudillos y mis palmas estaban acalambradas. También me resultó difícil bajar del auto, las rodillas se me habían congelado y crujían al rotar. Cerré la camioneta, subí con algo de dificultad por las escaleras que llevan al pasillo de los presidentes, atravesé el Salón Azul y llegué al despacho del mandatario. En la recepción estaban Maida Díaz y Benjamín Salas. Ambos me miraron de abajo hacia arriba. Maida me preguntó:

—¿Y a ti qué te pasó?

No me había percatado de que tenía la camisa manchada por el hollín que desprendía la barricada donde minutos antes bailé renegando al presidente. Mientras sacudía la tela de mi excamisa blanca, solo atiné a mentir.